

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR JORGE MILLAS, PRESIDENTE DE LA COMISION NACIONAL DE CULTURA, EN EL ACTO INAUGURAL DEL CONGRESO DE LA COMUNIDAD CULTURAL LATINOAMERICANA.-

Señor Gobernador del Departamento, señor Alcalde de Arica; demás Autoridades de la zona; señores Miembros del Congreso de la Comunidad Cultural Latinoamericana; señoras y señores:

Sin palabras sacramentales, pero con emoción que en todo caso no podría reflejarse en tales palabras, cumplo con el honroso cometido de instalar en este acto el Congreso de la Comunidad Cultural Latinoamericana. Lo hago en nombre de la Comisión Nacional de Cultura y en representación del Gobierno de Chile, que al conferírmela a mí con tal propósito, me confiere también el derecho de hacerlo en nombre de nuestro pueblo. Puedo decir, por eso, señores Miembros del Congreso, no sólo que este país os saluda y os ofrece el homenaje de su sencilla hospitalidad, sino que también espera de vosotros una cosa de mucha importancia: que ayudéis a examinar, a profundizar y a instrumentar su preocupación por la unidad del desarrollo espiritual de nuestros pueblos.-

Obviamente, no nos atreveríamos a pedirnos semejante auxilio, si los beneficiarios hubiéramos de ser sólo nosotros. Y si, en efecto, os lo solicitamos, es porque la índole misma de aquella preocupación nos hace a todos beneficiarios recíprocos. // Nosotros sabemos que en todos los pueblos de América se siente y se piensa, aunque se trate a veces sólo de sentir y pre-pensar, el problema de nuestro ensimismamiento cultural. De una u otra manera, tanto en México como en Chile, en Costa Rica y en Paraguay, en Brasil y El Salvador, en Argentina y en Cuba, las gentes han ido afinando esa conciencia insatisfecha que acompaña a toda vida encapsulada, convertida en prisión y hasta en tumba de sí misma. La vida requiere -- circulación osmótica, exige poros, reclama caminos, impone horizontes, necesita traer hacia sí y llevar desde sí. Esto, ^{que} es patentemente válido para el individuo, es patéticamente im- perioso para las colectividades.

Los filósofos han reconocido en ellos un carácter esencial de esa vida que es la conciencia humana, y le han dado, como tienen que hacerlo los filósofos, el nombre refinado y preciso de trascendencia.

Pero ese reconocimiento lo hacemos todos a través de nuestro insaciable apetito de comunicación con el prójimo, de ese traer y llevar entre el yo y el tú que se impone subrepticamente aún a las individualidades más herméticas y ensimismadas. Y lo hacen también nuestros países latinoamericanos en la desazón constante con que viven su introversión, en esa conciencia insatisfecha que acompaña aún a sus mejores horas de plenitud, y que va agudizando cada vez más la preocupación por nuestra unidad cultural. Conviene observar de paso que lo hacen -- también por modo subreptico a través de ese tan inequívoco --- cuanto disimulado y aún no bien estudiado rasgo de nuestras vanidades nacionales, de esas a veces toscas, otras veces sutiles, pero ingenuas formas de soberbia con que nos comparamos los unos a los otros cuando no los unos al mundo entero. [Se trata, en realidad, de un fenómeno sumamente complejo, (que no tendré la osadía de examinar aquí en este breve exordio de instalación y bienvenida. Más, para lo que deseo decir ahora es útil - que amplíemos en un punto mi comentario.] Esas vanidades grandes y pequeñas, francas y disimuladas, con que los latinoamericanos suelen intercambiar algunas estocadas, manifiestan, a no dudar, un rasgo positivo de autoafirmación y de auto-valoración perfectamente naturales y no infrecuentes, por lo mismo, en otros pueblos. Sin embargo, por el modo como generalmente opera, y por el contexto de la situación histórica y geográfica concreta en que se da, recuerda un poco ciertas rivalidades entre hermanos, que se disputan valoraciones y hegemonías, ~~que hermanos~~, ~~en acto~~, que no sólo indica el recíproco reconocimiento, y la correspondiente convivencia, sino también una desazón de conciencia insatisfecha, no segura de su propio valer potencial, - aún en la seguridad de su valer efectivo.

Tal insatisfacción es signo evidente de una búsqueda - de sí más allá de sí mismo, de esa necesidad de desencapsularse llevando lo propio más allá de sus límites iniciales y trayendo lo ajeno ^{aquende} ~~aquende~~ esa demarcación.

Si llevamos estas consideraciones por otro camino, no podemos dejar de observar que la insatisfacción de la conciencia americana respecto a las relaciones culturales internas, en tronca con una situación casi crónica de ella, y de más amplia envergadura.

América Latina ingresó en la historia de los pueblos libres con una conciencia, a la par que expectante, algo frustrada de su destino. Los más alertas de nuestros próceres percibieron que una América dispersa y políticamente incoordinada, al ganar en posibilidades de diversificación, perdía también en capacidad de acción para afrontar la difícil tarea de resolver los problemas comunes. Desde entonces los pueblos americanos han vivido en un nostálgico empeño por rehacer caminos, rectificar errores, recuperar la oportunidad que se perdiera. Caminos se han rehecho, en efecto, y muchos errores tienden a rectificarse. Pero lo más importante es que la desunión política y económica no ha afectado verdaderamente a la real unidad de nuestra cultura, en su anverso y reverso de conciencia histórica y expresión de la vida. Aún la conciencia frustrada es parte importante de esta identidad existencial profunda y viva, y se manifiesta positivamente en el desasosiego de un mundo que se pregunta por sí mismo, inquiere por su destino y busca sus propios modos de expresión.

Es patente, sin embargo, el carácter todavía inorgánico y difuso de este aspecto tan promisor de la conciencia americana. Y es que ella está como aprisionada y obscurecida por los hábitos políticos y económicos que introducen sus categorías separatistas en el campo de la cultura. "Nuestros escritores, nuestros pintores, nuestros músicos, sólo en contadas excepciones -- pueden sentirse en comunicación efectiva con los pueblos de América. Una cultura del arte y de las letras que podría ser continental, se ve a menudo injustamente condenada a un destino lugareño. Y esto no puede corregirlo ya la retórica del americanismo político, que tan infecunda ha demostrado ser en su propio -- campo de acción. Con la nueva conciencia de la libertad política y económica de nuestros pueblos, tiene que clarificarse, como condición para esa libertad, una nueva conciencia de América Latina como cultura, conciencia que si no ha de ser impotente, habrá de expresarse en una verdadera política cultural.

El problema de una vasta política cultural latinoamericana, es precisamente, el que la Comisión Nacional de Cultura de Chile quiere poner como tarea más importante ante los miembros -- del Congreso. ¿Cómo legislar, cómo estimular, cómo comunicarse, cómo derribar barreras, cómo ensanchar perspectivas en el mundo --

de las letras y de las artes de América Latina?

Lo más propio del arte y de la literatura radica en su función recreadora de la experiencia natural. Limitado el hombre por el uso práctico a que normalmente destina sus sentidos y su pensamiento, y hasta sus emociones mismas, las posibilidades de su ver y palpar, de su percibir y sentir, se angostan y emprobecen al pasar por los estrechos cauces de la experiencia cotidiana, que tiende a la repetición y al estatismo. El artista y el escritor hacen saltar esos conductos rígidos, franqueando el paso a unas potencias de percepción hasta entonces latentes y poniendo en descubierto los mundos inéditos del hombre, que es decir también las posibilidades inéditas de lo real.

Se comprende así cuanto perdemos de vida virtualmente rica y verdadera con toda limitación que imponemos o mantenemos en nuestro conocimiento de las recreaciones de la experiencia intentadas por gentes de otros pueblos que pertenecen al círculo de nuestra común experiencia cultural.

A vosotros, señores Miembros de este Congreso, va a corresponder examinar concretamente los hechos, a veces increíbles, de nuestra incomunicación cultural. Seguramente os vais a detener a considerar la secuela de extrañamiento espiritual, que de ello se sigue, amén del empobrecimiento de nuestra experiencia del mundo. Sin duda, podreis señalar también, para sorpresa de muchas gentes de visión rutinaria, justamente no ensanchada ni profundizada por los poderes recreadores del arte y de la literatura, las consecuencias que en relación con el crecimiento económico y la reconstrucción social y política de nuestro mundo latinoamericano ha de tener una integración cultural entre nosotros. La confianza en que por la acción de vuestro pensamiento, orientado a dilucidar tan importantes asuntos, se active una más rica y más operante conciencia del mundo americano, es la que ha movido la iniciativa del Gobierno de Chile al convocar estas jornadas.

Esa misma confianza fortalece el ánimo de hospitalidad con que el pueblo de Arica nos acoge y el celo y los desvelos con que el Gobernador del Departamento, el Alcalde de la --

ciudad, la Junta de Adelanto de Arica, el Centro Universitario - de la Universidad de Chile - en cuyos locales provisionales nos congregamos en la mañana de hoy - la Universidad del Norte y la prensa local han colaborado para hacer posible nuestro Congreso.

Y al declararlo instalado, en nombre del Gobierno, no puedo menos que expresar su esperanza de que los diálogos aquí iniciados continúen en otras partes de nuestro vasto mundo - Latinoamericano.

/o/o/o/o/o/o/o/o/